

y por agentes al actor y al espectador” (175). En el proceso de producción teatral se transforman la obra dramática y el espacio, y también el actor y el espectador. Pero tal transformación no ocurre cuando, en vez de un auténtico proceso de producción, se da solo una reproducción de un trabajo hecho en otro lugar, como sucede con el montaje en Chile de una comedia musical norteamericana, realizado sobre la base de un “kit” comprado por el empresario, que incluye ya una banda de sonido, una coreografía, un diseño de vestuario, una planta de iluminación, etc. (183).

Consideraciones de este tipo contribuyen a dar a este “añejo” teórico, y al libro en general, un carácter eminentemente iluminador. *Muerte y resurrección del teatro chileno, 1973-1983* no es una obra de pura información. Es un estudio que está guiado por una visión coherente y convincente, que ayuda a comprender el heterogéneo y contradictorio teatro chileno actual. Es también un trabajo apoyado en una investigación honesta y rigurosa, y escrito con gran claridad y precisión. Por todo ello éste es un libro serio llamado a convertirse en una indispensable fuente de referencia para quien se interese en teoría teatral y en el teatro chileno moderno.

Gerardo Luzuriaga

Osorio T., Nelson: *La formación de la vanguardia literaria en Venezuela (antecedentes y documentos)*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de Historia, volumen No. 61, 1985; 448 pp.

De manera todavía un tanto restringida a ciertos ámbitos académicos y universitarios, aunque con un destino que inequívocamente conduce al lugar de los textos fundamentales para el estudio de la literatura latinoamericana contemporánea, circula desde no hace mucho un medular trabajo de investigación cuyo propósito de más alcance consiste en invertir las valoraciones que la crítica y la historia literarias de nuestro continente suelen asignar a las vanguardias de

América Latina, descabalgando la difundida y equívoca versión de que aquellas no son, en nuestras tierras, otra cosa que un mero trasplante imitativo, más o menos servil, de las vanguardias europeas. Se trata del volumen *La formación de la vanguardia literaria en Venezuela* (Antecedentes y documentos) del profesor Nelson Osorio, el cual da cuenta cabal y prolija de los objetivos que su título propone, y además, al articular el proceso de la vanguardia venezolana dentro del proceso de las vanguardias latinoamericanas —con las que aquella mantiene ciertas relaciones de homología—, da cuenta de las motivaciones históricas, básicamente de orden económico y social, que desde aquí disponen la formación (no el trasplante, aunque se reconoce que éste se dio en algunas actitudes y formas) de los movimientos de vanguardia literaria de nuestra América, con sus rasgos de originalidad y sus distancias respecto de la literatura europea. A la luz de este libro podemos ver, por añadidura, cómo es que los procesos literarios tienen cabal sentido y merecen sus valoraciones más justas cuando se los vincula con los procesos histórico-sociales de los que forman parte, cuando se los explica como sus manifestaciones sublimadas o conspicias. Así, el libro que nos ocupa resulta ser el argumento más claro en contra de quienes pretenden resolver la historia literaria a base solamente de acaceres literarios y estéticos y soslayando sus fundamentos materiales: aquello que Borges en una mala línea llamó “un sórdido conflicto económico”.

Pero el libro de esta reseña tiene su historia. En 1980 el profesor Osorio —chileno, exiliado y peregrino de varios países, a la sazón docente de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela y Jefe del Departamento de Investigaciones Literarias del Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos”— mereció el Premio *El Nacional* de Caracas, en el rubro de Historia Cultural de Venezuela, con un voluminoso ensayo sobre los antecedentes de la vanguardia literaria venezolana y sobre la revista *válvula*, cuyo cincuentenario se había celebrado dos años antes. Cinco años después, y gracias a la participación editorial de la Academia Nacional de Historia de Venezuela, aparece por fin el volumen, tal como lo preparó Osorio en el año del premio, cuando se

hablaba de su edición por otra entidad. Entre tanto el autor fue publicando buena cantidad de artículos sobre los movimientos de vanguardia de nuestra América, en que a veces glosaba pasajes de su libro inédito para poder desarrollar ciertas líneas allí embrionarias, o para cubrir zonas que el ensayo premiado no había cubierto. Pues bien, no obstante el lustro transcurrido entre la culminación del libro y su publicación, éste se revela aún pleno de interés, no sólo por la calidad de la abundante información procesada y producida por el autor, ni sólo por la calidad y valía de los documentos que lo acompañan y que dan testimonio del complejo y polémico proceso de aparición de la vanguardia en las letras venezolanas, sino también —y diríamos que sobre todo— por la metodología de trabajo y los fundamentos teóricos que Osorio pone en ejecución, de manera ejemplar.

Quienes han tenido la oportunidad de seguir la labor intelectual del estudioso chileno, desplegada fundamentalmente en estudios y artículos publicados en las más importantes revistas sobre literatura y cultura latinoamericanas, saben que los mayores esfuerzos de Osorio han estado orientados a la demostración de las relaciones profundas entre la literatura y la realidad, de donde resulta que los hechos o los procesos literarios no constituyen una serie autónoma, sino distintos signos de una realidad de la cual, en última instancia, son parte. Por eso, cada vez que a Osorio le ha correspondido encarar críticamente un hecho literario concreto ha soslayado el estéril interrogatorio del signo por el signo mismo, la interpretación diríamos tautológica de la obra o el fenómeno literario, y se ha decidido por la elucidación de la condición signíca de aquellos, es decir, por la demostración de cómo el hecho literario, con todas sus singularidades, es un modo de representación de una realidad que, con sus propias singularidades, es en gran medida responsable de la índole de aquél. Esta metodología implica, si bien se ve, un triple esfuerzo: dar cuenta del hecho literario (su lenguaje, su estructura, su funcionamiento), dar cuenta de la realidad en que éste se inscribe, y dar cuenta, finalmente, de los modos y las razones por las que aquél resulta ser la manifestación signíca de ésta.

En el libro que nos ocupa Osorio se mantiene fiel a esta pauta metodológica. Para argumentar que la vanguardia literaria hispanoamericana no fue un mero trasplante de la europea, sino un fenómeno que tiene sus propios condicionamientos y motivaciones en estas tierras, el autor profundiza en las condiciones históricas (políticas, económicas, sociales, culturales, etc.) a que acceden nuestras naciones luego de la Primera Guerra Mundial. Así ve que nuestra América participa, a su modo, de las mismas condiciones generales de los demás países del globo (forma parte de lo que alguien ha llamado “la mundialización del mundo”), como sufrir el cambio de la hegemonía mundial de la Europa Occidental a los Estados Unidos de Norteamérica, o sentir el eco de la Revolución Rusa que decretó el fin de la hegemonía de la clase burguesa, o experimentar los “fermentos revolucionarios” y la “etapa generalizada de cuestionamiento” característicos de otras latitudes, etc. Todo lo cual hace que en Latinoamérica, y no sólo en Europa, se den las bases materiales y culturales para el surgimiento de las vanguardias. Al respecto dice el autor: “es legítimo postular una relación entre la formación y desarrollo de un Vanguardismo hispanoamericano como parte de un fenómeno internacional, y la nueva etapa de ‘internacionalización’ de las condiciones históricas de la vida del continente, etapa en la cual éste es integrado de un modo nuevo y específico al sistema económico mundial que se reordena y surge a partir de la guerra del 14” (p. 25).

Por otra parte, cuando hace cuenta de las cualidades diferenciales de las vanguardias latinoamericanas respecto de las europeas, es decir, cuando señala rasgos de originalidad como la vanguardia inclasificable de Vallejo (que escapa ciertamente al canon europeo), el nativismo entre futurista y ultraísta de Alejandro Peralta, la prosa inclasificable de Martín Adán, Juan Emar o Macedonio Fernández, o los “poemas” de José Antonio Ramos Sucre, tiene el cuidado de hacer tal cuenta dentro del marco más vasto de nuestra realidad literaria, donde existen singularidades previas o paralelas a las de nuestra vanguardia, con las que éstas parece que entablan ciertas relaciones de analogía, oposición o motivación. Estamos hablando acá de aspectos tales como los autocuestiona-

mientos del Modernismo (recuérdese a Enrique Martínez y su “tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje”), o la existencia de un Nativismo (o Criollismo, o Regionalismo, o Mundonovismo, como también es llamado) que resulta polarizador, junto con la vanguardia hispanoamericana, de nuestro post-Modernismo.

Esta metodología que recuerda un tanto al estructuralismo genético de Goldman, y que procede por explicaciones de un hecho o fenómeno por medio de su inclusión en contextos de mayor amplitud, entre los que encuentran destacando los procesos histórico-sociales de los que los hechos literarios forman parte y en los que hallan su cabal sentido, es designada por Osorio bajo el nombre de “comprensión”. No proceder comprensivamente, advierte Osorio, “significaría simplemente reducir el estudio a un recuento descriptivo, a la elaboración de catálogos empíricos de datos, fechas, cifras” (p. 18).

Este tipo de crítica histórico-literaria afinado por Osorio le permite obtener una ganancia doble. Por un lado produce conocimientos que explican los fenómenos literarios en razones más fuertes y plausibles que las simples motivaciones de la serie estético-literaria; y, por otro, produce conocimientos que, aunque destinados a integrar el cuerpo de causales y concomitancias que dan espesor a la historia literaria, tienen la virtud de proyectar ciertas luces sobre la realidad latinoamericana, sobre sus procesos histórico-sociales y culturales, y sobre aquel todavía indeciso aunque vehemente y complejo perfil ideológico que los latinoamericanos vamos llamando “identidad latinoamericana”. Es más, esta proyección es para Osorio más que un resultado: es una necesidad y un deber de los estudios literarios en nuestra América. Al respecto es bien claro cuando expresa: “El principio básico que subyace en este trabajo es el de que estudiar cualquier aspecto de la producción literaria en nuestro continente sólo puede legitimarse en la medida en que pretenda contribuir al conocimiento de nuestra realidad y a un diseño más objetivo y complejo de nuestra fisonomía (p. 18, los subrayados son nuestros).

Hemos puesto el énfasis en los aspectos teóricos y metodológicos que han permitido la investigación de Osorio, así como en los aspectos de mayor interés concernientes a los movimientos de vanguardia latinoamericanos y sus antecedentes, porque creemos que, desde perspectivas continentales —y no sólo de un país hispanoamericano—, ellos son la mayor y mejor contribución de este libro a los proyectos de constitución de una nueva crítica y una nueva historia literaria latinoamericanas. Por lo demás, y sin desmerecer de ninguna manera las laboriosas y agudas páginas que Osorio dedica al análisis del proceso mismo de la formación de la vanguardia en Venezuela en función de su particular contexto histórico-social (La conversión de Venezuela en país petrolero, la dictadura de Juan Vicente Gómez, la semana del estudiante, la publicación del único número de *válvula* (1928), la conmoción cultural y el debate que esa publicación produjo), páginas que sin duda apreciarán mejor que nosotros los propios venezolanos, creemos que el mayor servicio que de ellas se desprende es el de ofrecerse como modelo de investigación para cada una de nuestras vanguardias nacionales, porque *mutatis mutandis* vemos en nuestros países procesos y conductas más o menos similares a las de la formación de la vanguardia en Venezuela. Dicho lo cual cerramos estas líneas con un saludo a la calidad y utilidad del libro, y con una entusiasta invitación a su lectura.

Raúl Bueno Chávez

Miliani, Domingo: *Triptico Venezolano*. (Narrativa. Pensamiento. Crítica). Selección, Índices y Prólogo de Nelson Osorio T[ejeda]. Caracas, Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1985: 297 pp. [Colección Literatura y Pensamiento, 5].

Este notable libro de Domingo Miliani (Boconó, Venezuela, 1934), destacado crítico de las letras latinoamericanas, reúne tres trabajos que habían sido dados a conocer aisladamente y que constituyen aproximaciones panorámicas a la narrativa, el pensamiento y la crítica literaria venezolanos.